

GIL DE ROMA (EGIDIO ROMANO), *Los errores de los filósofos*, trad. de Rafael Ramón Guerrero, Trotta, Madrid, 2012. 105 páginas.

Que la verdad se revela a sí misma fue credo común de la antigüedad pagana y hebrea, de la filosofía cristiana y secular¹.

Cristianos, musulmanes y judíos convivieron durante los siglos medievales en Europa, siendo la península ibérica el enclave geográfico referente, por el cual entraría nuevamente la filosofía griega (pp. 10 y ss.). Hubo enfrentamientos entre ellos, pero también establecieron una intercomunicación así como un trasvase de influencias. En este sentido fue notable la consolidación de las escuelas de traductores, universidades y la organización de los planes de estudios de estos centros. En este marco histórico es donde debemos de comprender esta obra.

El *Tractatus de erroribus Philosophorum* aparecido en 1270 es atribuido a Gil de Roma, también conocido como Egidio Romano o Egidio Colonna Romano (1243-1316), teólogo que perteneció a la Orden de los Ermitaños de San Agustín (p. 29). Se trata de un breve y controvertido ensayo centrado en señalar los errores de los pensadores más relevantes de su época.

La edición que aquí se presenta ha sido realizada por Rafael Ramón Guerrero², prestigioso investigador y conocedor de los autores que más recepción tuvieron durante la Edad Media³. La introducción es de recomendable y fundamental lectura, ya no solo por un importante esfuerzo bibliográfico para ilustrar y situarnos en el contexto histórico e intelectual de esta obra, sino porque resulta básica para aquellos lectores que no han tenido la oportunidad de leer los textos sobre los que Gil de Roma hace referencia en sus escritos.

Este texto es controvertido no solo por su contenido sino también porque actualmente, tal y como señala Guerrero, es bastante discutida su autoría. De hecho a lo largo de la historia y a pesar de las dudas, ha existido una opinión mayoritaria respecto a su origen, pero en estos últimos tiempos, ha cambiado. Pierre Mandonnet (1858-1936) fue uno de los primeros investigadores que sugirió la hipótesis de

¹ Hannah ARENDT, *La condición humana*, Paidós, Barcelona, 2011, p. 300.

² Profesor Emérito y Catedrático jubilado de Historia de Filosofía Medieval en la Universidad Complutense de Madrid, especialista en filosofía medieval. Ha sido profesor en diversas universidades españolas, europeas y americanas.

³ Algunas de las obras más destacadas de Rafael Ramón Guerrero: *La recepción del árabe de "De anima" de Aristoteles: al-Kindi y al-Farabi* (1992); *Avicena (ca. 980-1037)* (1994); *Historia de la Filosofía medieval* (1996); *AVERROES, Sobre la filosofía y religión* (introducción y selección de textos) (1998); *Filosofías árabes y judía* (2001); *AL-FARABI, El camino de la felicidad* (traducción, introducción y notas) (2002); y *AL-FARABI, Obras filosóficas y políticas* (traducción, introducción y notas) (2008).

que había que descartar la autoría del texto de Egidio Romano. Así investigaciones recientes, como la de Dice Concetta Luna, defienden la postura anterior del investigador belga (pp. 32-33).

Dejando a un lado la autoría verdadera de este breve tratado, el objetivo de la obra es señalar aquellas teorías que se oponen a la verdad cristiana. Para ello, efectúa una compilación de las tesis que considera equívocas y que se desvían de la explicación del mundo dada por el dogma cristiano. Estas tesis están relacionadas con los errores denunciados en la condena de 1270 que efectuó el obispo de París Esteban Tempier (*ca.* 1250-1279) (p. 28). Esta condena, como las que le precedieron desde comienzos del siglo trece en la Universidad de París, son un reflejo de las tensiones que se están produciendo dentro del cristianismo en la recepción del aristotelismo, que ya estaba siendo asimilado y tratado por los pensadores judíos y musulmanes (pp. 17-28).

El escrito se articula en trece capítulos: los tres primeros se centran en los errores que se pueden encontrar en la obra de Aristóteles (384-322 a. e. c.), al que el autor se refiere como “el Filósofo” (pp. 55, 60, 61, etc.). Egidio Romano se centra sobre todo en su concepción del origen del universo, de la generación del tiempo, del movimiento y de las cosas. El punto de disensión básico es que para Aristóteles el mundo no tiene un comienzo, algo intolerable para un cristiano que ve a Dios como creador del mundo (pp. 60-61).

Respecto al resto de filósofos se podrían dividir en, por un lado: Averroes (1126-1198), Avicenas (980-1037), Algazel (1059-1111) y Alkindi (801-873), como filósofos musulmanes, y el último

de ellos, Rabbi Moises nombre con el que los cristianos conocían a Maimónides (1135-1204), médico y teólogo judío. En todos ellos, la crítica se centra en su idea de Dios, del alma, de los ángeles, así como en su explicación de la esencia del hombre, del movimiento de los cuerpos o de la propia naturaleza.

Egidio Romano dedica dos capítulos a cada uno de los autores mencionados. El tratamiento de estos autores se lleva a cabo, en primer lugar, dedicando un capítulo para desarrollar de forma muy breve sus errores y, en segundo lugar, enumera las tesis de una forma sintética para no dejar dudas e incidir y remarcar las ideas denunciadas. Esta forma de argumentar es muy propia de la tradición escolástica a la que se une este autor. Si se confirma que se trata de Egidio Romano, sabemos que fue discípulo de Tommaso d’Aquino (1225-1274) cuando estuvo estudiando en París entre 1268 y 1270 (p. 29).

En esta época se busca la explicación del mundo a través de la unión de lo natural y lo teológico. De ese modo, las esferas no están diferenciadas, todo queda bajo la idea de Dios. El texto de Egidio Romano se podría incluso entender desde un punto de vista epistemológico; en él se dan indicaciones de lo que se puede conocer y se busca argumentar la premisa de la existencia de Dios, que no es necesario probar. Este autor ofrece una explicación desde una autoridad absoluta sobre su interpretación de las sagradas escrituras.

Sobre todo destaca el modelo de argumentación fundamentado en la teología, “todos estos errores mencionados tuvieron su origen en que no han considerado bien cómo Dios actúa según el orden de su sabiduría” (p. 70). También sorprende la

comprensión de Dios omnipotente, pues en su discurso sobre las bondades de Dios comenta: “Dios puede impedir el mal conservando las cosas en su ser; sin embargo, no permite que el mal se haga a no ser para extraer de él bienes mayores” (p. 78).

En párrafos anteriores señalaba que la esfera de la teología absorbía y cubría con su paraguas la explicación de todo aquello que tenía que ver ya no solo con el mundo espiritual sino también con el terrenal. Pero como se puede observar en la historia del pensamiento, los saberes o las verdades han sido cambiantes, se han producido diferentes crisis sobre la idea de verdad que han generado tres etapas diferenciadas.

Hannah Arendt (1906-1975) observa diferentes fases en la evolución del hombre. En la primera etapa, la filosofía constituía los saberes marco que ordenaban la sociedad. Posteriormente, fue sustituido por la teología y, por lo tanto, por la existencia de Dios. Finalmente, a partir del siglo diecisiete hasta nuestros días por la ciencia.

Estas transformaciones han generado diferentes conciencias en los hombres. Sin embargo, se puede observar como la fractura más importante se produce una vez que la filosofía pierde terreno frente a la teología y posteriormente la ciencia:

Mientras que los antiguos confiaron en la imaginación y la memoria, en la imaginación de los dolores de los que se habían librado o en la memoria de pasados placeres en situaciones agudamente dolorosas, para convencerse de su felicidad, los modernos

necesitaron el cálculo del placer o la puritana contaduría moral de méritos y transgresiones para llegar a cierta ilusoria certeza matemática de felicidad o salvación⁴.

En los textos de *Los errores de los filósofos* se observa la pretensión de explicar el mundo, todo aquello que rodea al ser humano a través de la fe, de Dios, pero desde un punto de vista racional y que podríamos denominar de un *cientifismo teológico*. En la Edad Media así como en siglos posteriores, el pensamiento estaba al servicio de la teología (*ancilla theologiae*). Para los pensadores cristianos como el autor de esta obra, la verdad se podía conocer a través de la revelación y explicarse a través de la filosofía; pero todo este mundo teológico, acompañado de la crisis de fe y de una pérdida de seguridad en el mundo futuro, entró en quiebra en el siglo diecisiete.

El matar la idea de un ser omnipotente que controla los designios del mundo supone que:

Cuando los dioses son expulsados del cosmos, el mundo que dejan se vuelve aburrido. En el siglo diecisiete, el tedio explorado por Blaise Pascal era todavía el humor de un hombre que ha perdido su fe y debe protegerse a sí mismo de las tinieblas de la ansiedad mediante el *divertissements*. Después de la Revolución Francesa, el tedio fue reconocido por Hegel como el síndrome de una época histórica. Había sido necesario un siglo y medio para que la pér-

⁴ ARENDT, *La condición humana*, p. 329.

didada de un mundo sin Dios dejara de ser un malestar personal ante la existencia y se convirtiera en una enfermedad social⁵.

La explicación que hace Eric Voegelin (1901-1985) nos ilustra la llegada de un nuevo mundo, muy distinto de aquel en el que fue escrita esta obra. Esta crisis de fe supone un aumento del dolor, de la amargura del ciudadano. El ciudadano empieza a encontrarse perdido, ya no hay una rendición de cuentas a un ser superior, es decir, a Dios. Acabar con la idea de un ser omnipotente que controla los designios del mundo supone un cambio en el comportamiento del ciudadano. Podemos preguntarnos a dónde se ha desplazado esa omnipotencia que antes se había situado en Dios. La ciencia y por lo tanto lo observable y lo demostrable se convierte en el afán del nuevo hombre, en lo único verdadero y válido.

Si en el Medievo la revelación y la teología determinaban la verdad, actualmente es la ciencia la que define nuestro mundo presente, denostando las disciplinas que no utilizan estos parámetros. Aunque bien es verdad que en estos últimos años estos criterios se están poniendo en duda debido a la complejidad de nuestra sociedad. Con esta reflexión relacionada con la metodología o forma de trabajo de Egidio Roma-

no se pretende subrayar la necesidad que ha tenido la humanidad de buscar la verdad. Al igual que el empeño en fijar las *identidades* sociales, esta búsqueda es una forma ya no solo de generar seguridad o control sobre uno mismo y sobre los demás, sino que también es una forma de poder.

En conclusión, estamos ante una obra polémica, no solo por el misterio que envuelve la autoría del tratado sino también por los contenidos que desarrolla, especialmente por el marco histórico, político y cultural en el que se desenvuelve.

Su lectura puede resultar de interés y curiosidad para adentrarse en pleno siglo trece. Es interesante descubrir que su finalidad y su aspecto formal pretendían formar parte del dogma cristiano ante las amenazas ya no solo de pensadores de la antigüedad sino de sus contemporáneos musulmanes y judíos. El final del texto resume lo dicho con anterioridad, revelando el carácter de la obra así como su estética de oración⁶. En esta parte de la obra Egidio Romano justifica su trabajo y nos muestra que está al servicio del Señor, al que le debe su revelación e inspiración para detectar aquellos errores que amenazan la fe cristiana.

GONZALO LABORDA MORATA

⁵ Eric VOEGELIN, "Sobre Hegel: Un estudio de brujería": *Foro Interno. Anuario de Teoría Política*, vol. 10 (2010), pp. 155-197.

⁶ "¡Oh buen Jesús! En alabanza tuya y a causa de la reverencia de tu nombre y también en abominación de quienes te contradicen, con tu auxilio, he compilado sumariamente en esta primera parte de este opúsculo los lugares en los que Aristóteles, Averroes, Avicena, Algalazel, Alkindi y Rabbi Moisés han contradicho la fe por ti narrada, la única que yo considero verdadera y católica. En este lugar pueden ser comprendidos todos los errores de los filósofos mencionados o bien un diligente investigador puede reducirlos a los que están consignados aquí. Puesto que sin ti no se podría haber hecho, a ti el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén" (p. 95).